



Psicología Escolar, que no sólo se finca en la construcción del conocimiento, sino que trata de contribuir al desarrollo integral del educando.

Bibliografía

Álvarez, A y P. del Río. *Educación y desarrollo. La teoría de Vygotsky y la zona de desarrollo próximo, Desarrollo psicológico y educación II. Psicología de la educación*. Comps. César Coll et al. Madrid: Alianza Editorial Básica: UPN, 1994.

Ausubel, D.P. *Psicología educativa. Un punto de vista cognoscitivo*. 2a. ed. México: Trillas, 1983.

Coll, C. *Un marco de referencia psicológico para la educación escolar, Corrientes pedagógicas contemporáneas. Antología básica*: UPN, 1994.

Entwistle, N. *Un modelo heurístico de aprendizaje en el aula, La comprensión del aprendizaje en el aula*. Barcelona: Paidós, 1991.

Mahoney, M. J. *El procesamiento de información. Lecturas de aprendizaje y enseñanza*. Eds. Angel Pérez Gómez y Julián Almaráz. México: Fondo de Cultura Económica, 1988.

Mc Carthy Callager. *Abstracción reflexiva y educación*, Mimeo. s/f.

Pérez Gómez, A. *Aprendizaje, desarrollo y enseñanza. Lecturas de aprendizaje y enseñanza*. México: Fondo de Cultura Económica, 1988.

Los procesos de enseñanza aprendizaje: análisis didáctico de las principales teorías del aprendizaje. Comprender y transformar la enseñanza. Madrid: Morata, 1992.

Piaget, J. *Desarrollo y Aprendizaje, Conferencia*. Mimeo. s/f.

GRAFFITI 2000: REVOLTOSOS Y PROFANOS

Mtra. Minerva Margarita Villarreal
Facultad de Filosofía y Letras, UANL

Una de las características más destacables del libro *Graffiti 2000* de Saúl Ibargoyen es sin lugar a dudas su cualidad permanente de trasgresión. Romper límites, desbordarse, rebasar son actividades que necesitan de la ley. Dependen de la ley, de su conocimiento exhaustivo, de su observación tajante. Requieren a la ley para desnudarla públicamente, mostrar su genitalidad violada, denunciar el índice mayúsculo de corruptibilidad que padece por quienes la promulgan y nos obligan a acatarla. De esto trata este graffitarario, que, desde el título, impone su condición dolosa, por dolida, por insubordinada al ciego servicio, a la vía de solicitud y agachamiento.

Ya Ramón María del Valle Inclán en su magnífica novela *Tirano Banderas* españolizó el término *graffiti*, nombrando así, como grafitos, si mal no recuerdo, a las inscripciones lapidarias en las cárceles de cualquier tiranía americana que yo ubiqué como San Juan de Ulúa para asegurarme que Porfirio no era un perro cualquiera en la trama, sino la celebración del alma de Porfirio Díaz en su condición totalitaria. Pero de que se escribió y publicó esta novela han pasado años, años como siglos, pues nuestro nacionalismo, como bien expresa este libro de Ibargoyen, ahora se amilana ofrecido a la algarabía y a la incertidumbre de la globalización.

No somos nada. Ciudadanos de nombre, porque las democracias entrecuilladas lo requieren. De nombre, mas de dudoso y con frecuencia estéril ejercicio. De esto trata el libro. Si el autor hubiera llamado *Grafito 2000* a su edición, habría acatado la ya aceptación de la real academia española a esta palabra, de la cual, Gabriel Zaid dedujo un brillante ensayo, mas se hubiera quedado al margen de sus propias expectativas. La palabra *graffiti* huele a posmodernidad y a extranjería. ¿No es esa la condición a la que aspiramos? Pero Saúl Ibargoyen haciendo gala de su conceptismo nos revuelca en el lodo de nuestra propia aspiración. Nos habla de entrada del espacio público, pues el grafito tiene su equiparable fin epigramático. De hecho, sería el epigrama de la tradición latina asimilado por la actualidad. En la calle con un dejo de intrascendencia que manche y fustigue. En el papel con un sentido de arraigo en esa intención de incomodar.

Comparemos la definición del *Diccionario de la lengua española* de la Real Academia Española entre "epigrama" y "graffito". Epigrama: (Del lat. *epigrama*, y del gr. inscripción.) m. Inscripción en piedra, metal, etc. 2. Composición poética breve en que con precisión y agudeza se expresa un sólo

pensamiento principal, por lo común festivo o satírico. 3 fig. Pensamiento de cualquier género, expresado con brevedad y agudeza. Grafito: (Del it. *graffito*.) m. Escrito o dibujo hecho a mano por los antiguos en los monumentos. 2. Letrero o dibujo grabado o escrito en paredes u otras superficies resistentes, de carácter popular y ocasional, sin trascendencia.

En otros diccionarios varía la definición, y el epigrama se reduce a una composición poética satírica. Entre los antiguos era una inscripción que se ponía en un monumento. Nuestro maestro grafitero es un evidente autor epigramático que, valiéndose de una lectura vivaz y acuciosa del poder, la economía, las relaciones entre los sexos —sean éstas monogramáticas, analfabetas, andróginas o bicicleteras—, la religión y la misma poesía, inscribe lapidaria y sentenciosamente su ruptura.

No somos nada. Ese es el compromiso de esta escritura. No somos nada ante el ogro, ya no filantrópico, como definió Octavio Paz al estado, sino pérfida y directamente acechante y vampírico. La denuncia de esa nada en la que nos movemos orondos y exitosos, distraídos de los fines del mercado, sometidos a sus leyes, olvidados de la crítica, babeantes y felices.

Según Gabriel Zaid los grafitos tienen que ser estridentes, provocados “por un yo provocador”. “Como género literario, los grafitos pertenecen al folklore urbano. Su falta de urbanidad los hace más ciudadanos, como una trasgresión a la urbanidad vigente(...) No es de creerse que hacer rasgos, rasguñar, esgrafiar, glifos, pictogramas, epígrafes, pinturas o dibujos lapidarios en una caverna, con intenciones decorativas, simbólicas, religiosas, tenga el sentido urbano y moderno que parece esencial en los grafitos: la violencia, la profanación.

La modernidad y la conciencia del yo en la profanación de un espacio público, pueden verse en los grafitos que dicen simplemente: PUTO YO. Es obvio (al menos para un mexicano) que este letrado no es una declaración personal, sino una trampa: un mecanismo por el cual se obliga al lector a declararse puto: una forma de violarlo homosexualmente. Pero lo más notable de la trampa es su modernidad. Mucha poesía inocente (por lo general “comprometida” o hecha “a alguien”) todavía no adquiere esa conciencia literaria: el yo que dice yo en un poema no tiene que ser el yo de quien lo escribe”.¹

Este libro cumple con la doble condición de estridencia y fugacidad, como establece la definición del término y como su propio autor la propone

¹ Gabriel Zaid. “Grafitos”, en *Ensayos sobre poesía*, El Colegio Nacional, México, 1993, pág. 128.

en la “noticia superflua” con la que abre el libro. La tradición de la diatriba se revista en cuatro apartados que lo integran: el primero, bajo la sombra de Francoise Villón, en una edad media cristiana que nos alcanza a sujetar de los tobillos; el segundo, bajo la impronta de Horacio, y esa latinidad que tanto socorrió al lapidario género; el tercero, a la luz hecatombe del *Evangelio Apócrifo*; y el cuarto, alimentado por un siglo recóndito e inusitado, el XX a.c., con Enuma Elish, *poema babilónico de la creación*. Así, como cuatro brazos de un mismo río, la brevedad de este aliento destruye al irradiar la unión, pues dicha unión, es ese río fermentado por la inconformidad, su reconocimiento y su celebración.

Así, *Graffiti 2000*, desde el título que adopta una palabra extranjera, rompe con el deber ser de la docta fórmula. Así reúne y congrega la vida urbana del *graffiti* de bardas y pintas de edificios, anónima e incómoda para las buenas conciencias, le otorga un sentido en la tradición poética a esta manifestación callejera. La envuelve desde los orígenes. Porque, aunque la poesía es el aliento que se comunica desde lo celestial y divino, como pedía Fray Luis de León. También él conoció el infierno de la cárcel y la humillación. Ese infierno que Dante nos legó con lujo de detalles como un imaginario portentoso, esa realidad que padece todo aquel que se precie crítico en su creación, ese mundo pide puerta de salida, pide exploración y aliento desde la caída. Así, ciñéndose a esta concepción, irrigando sus versos en aguas del demonio, Ibarгойen nombra la vileza, la corrupción y el agravio como estado de cosas que estructuran esta realidad ciudadana. Es el aquí y ahora del nuevo milenio al que ingresamos temblando bajo las nefastas profecías del Apocalipsis. Por eso, este libro se vuelve doblemente moral. Desnuda la maquinaria del mercado y la imposición de la conciencia religiosa desde lo establecido como simple ley de acatamiento. Por este libro pasan no sólo los acostumbrados poetas latinos a los que saludamos en la mayoría de los textos epigramáticos, por esta plaza pasean también un Cristo maloliente y estático, una Magdalena negociante cuyo precio es el sexo, un bautista borracho, y

Los templos que son la casa del dios
suben hacia el cielo
donde el aire es negro.
Cada columna tiene su raíz
que se clava entre las flores
los coágulos olorosos
y las doradas ofrendas
de este interminable pudridero.

Saúl Ibarгойen. *Graffiti 2000*, México, 2001, (Minimalia), Consejo para la Cultura de Nuevo León y Ediciones del Ermitaño, 57 pp.